

Bichos que vuelan

Cuentos y leyendas sobre pájaros y
otras criaturas voladoras de Latinoamérica



Patricia Suárez


HomoSapiens
EDICIONES



Bichos que vuelan

Cuentos y leyendas sobre pájaros y
otras criaturas voladoras de Latinoamérica

Patricia Suárez

Ilustraciones de Max Cachimba



Aprendizaje y nuevas perspectivas didácticas en el aula / compilado

por Norberto Boggino - 1a ed. - Rosario : Homo Sapiens Ediciones, 2006.

184 p. ; 22x15 cm. (Educación)

ISBN 950-808-504-5

1. Didáctica. 2. Educación. I. Boggino, Norberto, comp.
CDD 371.3

Ilustraciones: Max Cachimba
(acuarela con ajuste digital y tinta)

© 2006 · **Homo Sapiens Ediciones**

Sarmiento 825 (S2000CMM) Rosario · Santa Fe · Argentina

Telefax: 54 0341 4406892 / 4253852

E-mail: editorial@homosapiens.com.ar

Página web: www.homosapiens.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN-10: 950-808-...-...

ISBN-13: 978-950-808-...-...

Diseño Gráfico: Lucas Mililli

Esta tirada de ... ejemplares se terminó de imprimir en ... de 2006
en ...

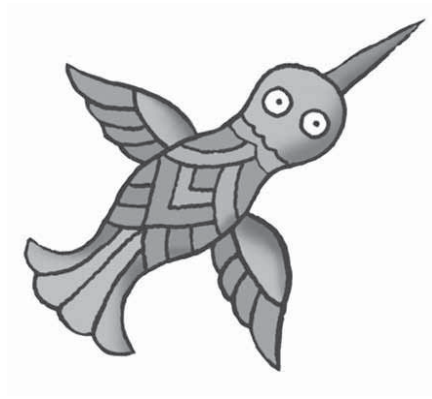


Índice

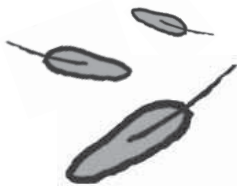
Pequeña pajarera americana	9
Pajaritos picoterros	11
El picaflor. <i>Leyenda guaraní</i>	13
El salmón y el martín pescador. <i>Leyenda mapuche</i>	15
El cóndor. <i>Leyenda quechua</i>	17
El sapo y el urubú. <i>Leyenda guaraní</i>	19
Cómo nacieron los picaflores. <i>Leyenda mapuche</i>	23
El cuervo. <i>Leyenda guaraní</i>	27
El pájaro carpintero. <i>Leyenda toba</i>	29
El Tucán glotón. <i>Leyenda guaraní</i>	33
El picaflor. <i>Leyenda guaraní</i>	35
La luciérnaga. <i>Leyenda guaraní</i>	37
El plumaje de los pájaros. <i>Leyenda quechua</i>	39
El chingolo. <i>Leyenda argentina</i>	45
La lechuza y la iguana. <i>Cuento popular argentino</i>	49
Los pájaros de colores. <i>Leyenda de Cuba</i>	53
El pajarito azul. <i>Leyenda del Perú</i>	55
El pájaro de fuego. <i>Leyenda jíbara. Ecuador</i>	63
El águila que señaló la capital de México. <i>Leyenda azteca</i>	65
El Príncipe Tukuluchú. <i>Leyenda maya</i>	67
La paloma. <i>Leyenda de Haití</i>	71



La langosta. <i>Leyenda de Honduras</i>	73
Tío Conejo y la piedra del Rey de los Cóndores. Cuento popular de Venezuela	77
Pajarones que no levantan vuelo	83
El pingüino. <i>Leyenda argentina</i>	85
El ñandú. <i>Leyenda argentina</i>	87
El ñandú y la garrapata. Cuento popular argentino	89
El ñandú y el zorro. Cuento popular argentino	91
Casi un pájaro: el murciélago	93
El murciélago. <i>Leyenda de Oaxaca, México</i>	95
El murciélago. <i>Leyenda de los indios koguis de Colombia</i>	97
Cómo se creó el primer murciélago. <i>Leyenda de los indios cherokees</i> de Estados Unidos	99
Más sobre el casi-pájaro en América	101
Glosario	105



Pequeña pajarera
americana



Lo único que el hombre no puede hacer por sus propios medios es volar. Por eso los pájaros y todos los seres que vuelan tienen para nosotros un plus de maravilla. Tenemos hacia ellos una sana y a veces no tanto envidia. La impresión que nos causan es muy superior a la que nos provocan los peces. Porque para contemplar el mundo de los peces debemos sumergirnos dentro del agua y nuestro propio sistema no nos permite permanecer allí mucho tiempo sin los instrumentos necesarios para no ahogarnos. En cambio los pájaros viven a nuestro lado. Andan sobre sus dos patitas y de un momento a otro sin decir agua va carretean y levantan vuelo.

a veces ni carretean sino que se elevan en un par de segundos. difícilmente al verlos un hombre no se pregunte por qué no soy uno de ellos

Por eso queremos saber todo sobre los pájaros incluso las antiguas historias que el hombre creó sobre ellos.

Este libro reúne leyendas y cuentos de pájaros murciélagos luciérnagas de algunos países y grupos aborígenes de Latinoamérica. En muchas de las historias el común denominador es el humor y la picardía la apuesta entre el chingolo y el cóndor la carrera entre la garrapata y el ñandú. En el cuento popular venezolano Tío Conejo y la piedra del Rey de los Cóndores el personaje que lleva la acción es el conejo un pícaro que en Argentina se homologa a don Juan elorro tal como ocurre en algunas tradiciones europeas en Francia el zorro es Renart y en Alemania se lo llama Reineke. Por eso no podía faltar una historia nuestra con el zorro como protagonista acerca de cómo se hizo un colchón con las plumas de un ñandú.

En otras de las historias reunidas el heroísmo o el amor es el principal protagonista. Tal es el caso de las dos leyendas guaraníes sobre el picaflor.

Pueden leerse historias sobre cómo los pájaros consiguieron el color para sus plumajes o por qué fue México el lugar adonde el águila se posó y la señaló como ciudad capital de los aztecas.

Están incluidos aquí entre los pájaros también los murciélagos. Porque aunque no cuentan con la belleza del plumaje o del canto son grandes voladores y de esta manera son casi pájaros.

no podían faltar las leyendas sobre las bellas luciérnagas.

En suma un libro para abrir la pajarera y que salgan volando todos estos cuentos de nuestro folklore.



Pajaritos
ic er





El picaflor

Leyenda guaraní

«**T**upá Dios» necesitaba un mensajero para traer a su lado los espíritus de los muertos de su pueblo. Los espíritus no sabían el camino hacia Tupá. Por eso, él tenía que buscar a alguien que les sirviera de guía en el camino. Mientras pensaba de quién podía tratarse, jugaba con una espina de un cocotero.

Un moscardón verde iba y venía en el aire: parecía que bailaba.

Tupá, como al descuido, fue acercando al moscardón la base de la espina...

¡De pronto se dio cuenta!

¡Ya tenía al mensajero!

Solo faltaba entonces hacer que cada espíritu tuviera un sitio adecuado para esperarlo. Y como los espíritus son bellos para

Tupá, decidió que residieran, después de muerto el cuerpo, en las flores del bosque, donde Mainumbí —el picaflor— los iría a despertar tocándolos levemente con su pico...

Fue así como Mainumbí dejó el país de Tupá y vino a la tierra, donde comenzó a despertar a los espíritus dormidos en las flores rozándolos con el pico... ¡Ese piquito que no es otra cosa que la espina de un cocotero!

Los despierta y los lleva directamente al cielo, a la casa de Tupá Dios.



El salmón y el martín pescador

Leyenda a u e

El salmón conversaba con el martín pescador. El martín pescador, además de saber hablar, silbaba muy bien. Se lo pasaba sobre una patagua a la orilla de un arroyo, silbando que daba gusto oírlo.

Un día se encontraban conversando el salmón y el martín pescador. El salmón alababa al martín pescador la hermosa manera de silbar. El martín pescador le alababa al salmón la hábil manera de nadar. Se propusieron hacer un cambio: el martín pescador quería aprender a nadar, y el salmón quería aprender a silbar. Entonces el salmón pidió al martín pescador que dejara el silbido sobre una piedra de la orilla, para que no se

. El asterisco remite al glosario que se encuentra al final del libro.



mojara y para que no se le perdiera. El martín pescador, de acuerdo con lo convenido, dejó en una piedra su silbido. El salmón dio un salto y se apoderó de su silbido, se hundió en el agua, y al mojarlo, lo echó a perder.

El martín pescador se puso muy triste, y desde entonces anda agachado, mirando en los arroyos, buscando al salmón que le quitó el silbido.



El cóndor

Leyenda ue ua

El cóndor no siempre usó la golilla que lleva tan elegantemente en el cuello. Se acostumbró a su uso después de haber sido derrotado, luego de un vergonzoso desafío, en el que lidió con un diminuto rival. La cosa ocurrió así:

Don cóndor había bajado al valle en ocasión de unas fiestas que se celebraban en el pueblo. En un bodegón de alrededor de la plaza, don cóndor conoció a un compadrito charlatán y pendenciero, muy conocido en el pago por su apodo de «husclín». Se trataba nada menos que de un chingolo.

La charla fue entretenida. Don cóndor y husclín alardearon de hazañas y famosas borracheras. Al final, hicieron una apuesta, desafiándose a beber vino. El que bebiere más sin emborracharse ganaría la apuesta, y aquel que se enfermara de tanto



vino consumido pagaría la apuesta e invitaría a los amigos a otra vuelta.

Tanto don óndor como husclín empinaron sus respectivas damajuanas y se inició la puja. Don óndor, de buena fe, trataba de agotar el líquido «de una sentada», sin reparar en que husclín arrojaba al suelo cada sorbo que bebía sin que don óndor lo notara. Como don óndor no estaba acostumbrado al vino como husclín, pronto empezó a sentir dolor de cabeza y para atenuarlo se ató un pañuelo, a modo de vincha.

Cuando don óndor advirtió el juego de husclín, se enojó y empezó a provocarlo. Luego se le fue encima. Husclín, taimado como era, lo esperó sereno y confiado.

Poco duró la pelea porque husclín con un certero golpe hizo sangrar la nariz de su contrincante, que sólo atinaba a defenderse. En el entrevero, el pañuelo que don óndor tenía atado a la cabeza se le cayó y desde entonces lo lleva alrededor del cuello.



El sapo y el urubú

Leyenda guaraní

En el principio, el sapo no era tal como lo conocemos. Tenía la espaldita lisa y brillante. Hasta era buen mozo y muy vanidoso. Pero pasó que una vez el sapo y el urubú fueron invitados a una fiesta que se iba a dar en el cielo de los animales. El urubú, envidioso como era, fue hasta los charcos para burlarse del sapo. Lo encontró entre los juncos, croando y afinando canciones y coplas en su guitarrita.

sí cantaba:

El viernes tuve un disgusto
que me causó grande enojo:
en mi camiseta nueva
mi novia me pilló un piojo.



Una pulga, de rabia,
quebró un ladrillo,
y el piojo, zapatiando,
lo hizo polvillo.»

— ué anda cantando, amigo

—Estoy afinando mi bella bella voz —contestó el sapo—. Me han invitado a una fiesta, ¡qué digo fiesta, a un banquetazo!!!, que darán en el cielo. Y sabe por qué me han invitado Precisamente por mi bella bella voz. uando doy el do de pecho, a todas las ranas se les caen las medias de emoción... o crea usted ni por asomo que invitan a esas fiestas a cualquier tilingo. nvitan a gente como uno, como yo, quiero decir, grandes artistas.

— i que lo diga.

—Por supuesto, artistas como yo no se encuentran en un juncal todos los días... Estaban por invitar al ruise or, no sé si usted lo habrá visto... Un pajarito de nada, así chiquito, que parece que una sola vez cantó una melodía como la gente... pero ya conoce el dicho: hazte fama y échate a dormir... en fin: que decidieron no invitar al ruise or. Esta es una fiesta para gente muy importante.

—Yo voy.

— ómo dice —pregunto el sapo asombradísimo.

—Yo también estoy invitado y voy a la fiesta. sí como lo oye, se or sapo.

El sapo se quedó muy pensativo con este asunto. ¡El urub era un pesado y cantaba todas canciones tristes! Para qué lo querían en la fiesta

uando llegó la hora de ir a la fiesta, muy muy calladito, el sapo fue y se metió adentro de la guitarra que el urub usaba para acompa arse. En ese momento el urub se estaba alisando



y engominando las plumas negras y no lo oyó llegar ni hacer su travesura. Después, el pájaro tomó su guitarra y tan entusiasmado estaba con lo de la fiesta que no notó cuánto le pesaba y se fue volando. Pronto dejó atrás las nubes, la luna y las estrellas.

uando llegó, los otros animales le preguntaron por el sapo.

— dónde está el verdecito —decían.

— o creo posible que el sapo venga —contestó el urub —.
penas si salta el pobre una mata de yuyo como para venir a alcanzar el cielo...

—Pero, por qué no lo has traído

—Porque no me gusta cargar piedras.

uando el urub dejó la guitarra descansando apoyada en una silla, el sapo salió de su escondite y apareció de improviso ante la concurrencia, más hinchado y orgulloso que de costumbre. Lo recibieron con gran asombro, entre aplausos y felicitaciones.

Mientras, se reían del urub .

Entonces comenzó la fiesta, había comida en cantidad y todos se llevaban bien. Estaban dedicados al baile, al canto y a la interpretación de sus instrumentos preferidos pues la fiesta era para que cada uno se luciera en sus habilidades. Entre todo este alboroto, el urub rasgueaba contento su guitarra y el sapo soltaba sus «do» de pecho. En el momento de más alegría el sapo aprovechó para introducirse de nuevo en la guitarra.

Terminó la fiesta y nadie notó su ausencia a la hora de las despedidas, sólo el urub , que le tenía rencor por haberlo puesto en ridículo. Echó a volar de regreso y, receloso como estaba, notó el peso de más esta vez. Continuó volando hasta distinguir el suelo, pasó bajo la luna y con esa luz pudo ver al sapo acurrucado en el fondo.

—¡ fuera de mi guitarra, sapo atrevido!



— o...

—¡ fuera ya mismo!

— o, por favor, urub . o me dejes caer ahora...

El urub , temblando de rabia, sacudió la guitarra hasta que el animalito salió por los aires moviendo las patas. ba muy rápido en la caída pero la distancia era también mucha, así que tuvo tiempo de pensar en que ojalá pudiera caer sobre agua o sobre arena.

Primero creyó que caería en una laguna pero el viento lo desvió, luego vio un prado y más adelante un frondoso omb . Pero continuaba alejándose de estos lugares para dirigirse a unos duros caminos, unos roquedales, el patio de una casa. l fin dio contra unas rocas, patas para arriba. Pasaron muchos días hasta que se recuperó. El golpe había sido tan fuerte que el lomo le quedó para siempre manchado y lleno de monta itas.

Esta es la razón por la que el pobre sapo tiene tan fea presencia.

Dicen también que debido al golpe se le malogró la voz, pero esto no se puede asegurar.



Cómo nacieron los picaflores

Leyenda a u e

Cerca del lago Paimán, el preferido de los patos y los juncos, oscuro y silencioso como un estanque, donde el tiempo se amansa junto con la corriente, vivían hace mucho tiempo dos hermanas: Painemilla y Paineofilu.

Las dos eran jóvenes y hermosas. Un día un gran jefe extranjero se enamoró de Painemilla. La muchacha y el inca se casaron y se fueron a vivir a su hermoso palacio de piedra, construido en la cercana montaña de Litran-Litran.

Pronto Painemilla supo que esperaba un hijo, y el inca convocó a los sacerdotes para que hicieran sus profecías. Uno de ellos dijo que nacerían un varón y una mujer, y que los dos, en señal de distinción, tendrían en el pelo una hebra de oro.

Como se acercaba el momento del nacimiento y el inca tenía que viajar al norte, Painemilla le pidió a Paineofilu que subiera al palacio para hacerle compañía.

sí se reencontraron las dos hermanas, pero las cosas ya no fueron como antes. Paineofilu sentía una envidia inconfesable de Painemilla, de su vida, que parecía tan fácil, tan plácida, colmada de abundancia y de amor... diaba su facilidad para hacerse querer y su aparente ignorancia de los malos sentimientos... Le dolía verla acariciar distraídamente su vientre que crecía, mientras se sentaba a tejer o a trenzar el telar, y sola, durante muchas noches, no pudo pensar en otra cosa más que en los ojos amantes con que el inca había mirado a su hermana al despedirse.

Paineofilu trataba de disimular sus sentimientos y cuidaba mucho a Painemilla, pero sentía que el mundo se achicaba a su alrededor, que el corazón se le volvía pesado y duro y que ya no podía levantar la cabeza para mirar a nadie a los ojos.

on el nacimiento pareció enloquecer: convenció a su hermana de que había parido una pareja de perritos y escondió a los hermosos mellizos que había recibido en sus brazos. hizo fabricar un cofre, acomodó en él a los bebés y mandó que lo arrojaran en la zona más correntosa del lago uechulafquen. En el palacio, Painemilla lloraba espantada, mientras amamantaba a dos perritos.

uando el inca regresó, no hubo manera de que perdonara a su mujer. Furioso, dando enormes pasos que resonaban sobre las piedras del piso, con su mano alzada como para castigarla, echó a Painemilla y la mandó a vivir a la cueva de los perros e hizo matar a los cachorritos. Paineofilu, sombría, siguió viviendo en el palacio, cada vez más callada, como si todo lo que había pasado pudiera tragárselo el silencio.

El agua del uechulafquen se abrió para recibir el cofre donde dormían los hijos de Painemilla y se cerró sobre él cubriéndolo de espuma. Pero la caja salió de la red de las aguas y flotó, flotó largo rato a la deriva.



Dicen que antes, el padre Sol, desde el cielo descubrió el cofre por el brillo de su cerradura de oro y decidió protegerlo, dándole calor o sombra según lo necesitara... Hasta que, cierto día, un hombre viejo que pasaba junto al lago vio el cajoncito brillante, muy cerca de la costa. Lo sacó del agua y se lo llevó a su casa, admirado de su hermosa cerradura dorada, pero no lo abrió enseguida porque era la hora de comer y no quería hacer esperar a su esposa.

La pareja comía cuando escuchó unos sonidos extraños, como un entrechocar de huesos, que provenían del cofre. Lo abrieron con cuidado y encontraron a los rubios mellizos de hermosos cabellos entre los cuales se destacaba, más larga y brillante, una hebra de oro.

Los viejos mapuches se asombraron mucho de los recién nacidos, que se pusieron a crecer ostensiblemente apenas los alzaron del cajón. Y los criaron con amor, aun sabiendo que nunca serían como ellos esos extraños y hermosos niños que nunca comían, y que, sin embargo, se hacían tan grandes como hijos de dioses.

Un día, mientras el inca paseaba tristemente por las inmediaciones del lago, pensando, como siempre, en que era un padre sin hijos y un esposo sin esposa, y en que nunca comprendería bien por qué le habían sucedido estas penas, vio a los mellizos que jugaban junto al bosque. Le atraieron de inmediato esos chicos solitarios, un niño y una niña, que tendrían la edad de los suyos si éstos hubieran sido humanos como se esperaba... quiso conversar con ellos y, al acariciar la cabeza del varón, sintió en su palma el cabello de oro. Y de esa manera, en un instante, los tres se reconocieron.

Pero el muchachito enfrentó al inca con violencia:

— ¿o podemos llamarte padre. Echaste a nuestra madre del palacio. Pasa frío y hambre entre los perros. Se abriga con un

cuero pelado y tiene que disputarle la comida a los animales. Era una reina y vive peor que un perro, porque piensa y recuerda... Por eso no podemos llamarte padre.

Trastornado, el inca mandó que llevaran a los mellizos al palacio de Litrán. Una vez allí, su hijo volvió a increparlo:

— ueremos ver a nuestra madre ahora mismo. o nos quedaremos ni un momento si no la liberan y le devuelven el respeto que se merece. Si no es así, te juro que no mandarás en esta tierra por mucho tiempo.

El inca obedeció, y así fue como Painemilla y sus hijos se reunieron y no se separaron nunca más.

De Paineofilu, la traidora, se vengaron sus propios sobrinos. La ataron, la empujaron afuera del palacio y la obligaron a sentarse sobre una roca. Entonces el muchacho sacó un objeto que tenía guardado, alzó hacia el sol la pequeña piedra transparente y rogó:

— y dame, Inca, que todo tu calor atraviese mi piedra mágica. que se convierta en rayo, en antorcha, en la llama más azul, para destruir a Paineofilu.

El prodigio se cumplió, y de Paineofilu solo quedó un montón de cenizas. Pero un pedacito de su corazón no alcanzó a quemarse, y cuando llegó el viento a dispersar los vestigios, de entre el remolino ceniciento salió volando un pajarito tornasolado.

Era el pinsha, el picaflor, que según los mapuches predice la muerte y vive inquieto y triste como Paineofilu. o se posa en las ramas ni roza con sus alas el follaje como los otros pájaros tiembla, tiembla de miedo constantemente y, como si esperara un castigo, se esconde en cavernas oscuras o se aferra con desesperación a los acantilados.



El cuervo

Leyenda guaraní

Antes de ser el cuervo tal como lo conocemos ahora, se llamaba ribí. No era ni malo ni bueno, ni demasiado pícaro ni demasiado tonto. Tenía un solo defecto: le gustaba mucho comer carne. Asada, salada, vuelta y vuelta, pinchada con un palito y puesta a rodar en la fogata, hervida. Fuera como fuera, la carne le gustaba.

Un día andaba medio muerto de hambre. Hacía mucho frío porque era pleno invierno y ni siquiera colgaban de los árboles algunos frutos. Así que salió de su casa en busca de alimento.

Anduvo y anduvo hasta que encontró una osamenta tirada en el camino. De lejos, no se sabía si era de vaca o de caballo y, cuando estuvo más cerca, mucho no le importó de qué animal era. Como tenía mucha hambre, probó los restos de carne que todavía pendían de los huesos y le gustaron.



Al final, el mozo comió todo lo que quiso de la osamenta. Cuando estuvo lleno de aquella carne apestosa, se echó a dormir al pasto. Las moscas daban vueltas alrededor del mozo y de los restos de huesos roídos y carne que aún quedaban. Cuando las espantó una vez, dos veces, después se cansó y se quedó dormido. «¿Qué mal hacen las moscas », pensó. « ¡Qué mal, aunque para algunos son asquerosas. »

Cuando despertó de su siesta, cuando no era el mismo. Su cuerpo estaba lleno de plumas negras y su boca era un largo pico. Desde lo alto, los dioses habían contemplado con asco como él se daba su terrible banquete con la osamenta. « ¡Ah, qué horrible una persona con tan malas costumbres, dijeron. Y lo castigaron transformándolo en un pájaro negro que se alimenta de carroña. »



El pájaro carpintero

Leyenda a

El pájaro carpintero era, en otro tiempo, un muchacho muy buen mozo. Pero mucho, mucho. Por eso las mujeres lo seguían por todos lados, haciéndole ojitos y propuestas. Hasta se aventuraban por él: lo seguían por el puente y por los caminos escondidos. Pero este muchacho tenía el grave defecto de ser orgulloso.

Un día vino la hija de un hombre llamado Siete Estrellas. Le coqueteó como hacían todas. Se había puesto dos gotitas de perfume de jazmín detrás de las orejas y también un cinto dorado y bordado de lentejuelas para llamarle la atención. La hija de Siete Estrellas llegó para noviar con él y siguió viniendo todas las tardes.

Al principio el muchacho se hacía el difícil. Hasta que la





joven le cocinó unos bollitos de miel y algarroba. Tentado por los bollitos, él aceptó que fuera su esposa.

Pero antes le dijo:

—Tienes que avisarle a tu padre.

Donde vivía la joven solamente e istía el hielo, porque era en una constelación del cielo donde estaba su casa, y quedaba muy arriba. sí que la joven se marchó a avisarle a Siete Estrellas. Su padre dudó un poco, pero al final aseveró:

—Puedes casarte con él, pero debe quererte mucho y cuidarte. También debe apreciar mi dignidad y respetarme.

Entonces ellos se casaron. Pero el carpintero era orgulloso y le gustaba desafiar a peleas. Una noche subió a las estrellas y desafió a su suegro, don Siete Estrellas, y volvió a hacerlo muchas veces más hasta que una noche lo hizo con más violencia que nunca.

Por qué hacía esto el carpintero
adie lo sabe.

Tenía la sangre del corazón un poco revuelta y enseguida se le subía el revuelto a la cabeza. uando esto pasaba, él buscaba pelea.

l fin Siete Estrellas se cansó y se ofendió con tanto desafío. Le declaró la guerra y lo persiguió desde las estrellas hasta el fondo mismo del agua aquí en la tierra. El carpintero cayó haciendo un ruido tremendo. Siete Estrellas llamó a una raya y la puso arriba del carpintero. El carpintero se quedó solo, debajo de esa raya.

sí pasó mucho tiempo hasta que la joven subió a implorarlo a su padre don Siete Estrellas que libertase a su esposo. fin de cuentas, ella lo quería y lo e tra aba. Le suplicó:

—Padre, basta ya. Suelta a mi marido, es suficiente. hora tendrá más cuidado y se volverá respetuoso.



unque Siete Estrellas no tenía mucha confianza en su yerno, igual fue y lo sacó de debajo de la raya. Pero la espalda del carpintero estaba dada de tanto sostener la raya. Por eso el pájaro carpintero tiene el lomo blanco en señal de su castigo.



El tucán glotón

Leyenda guaraní

Un día corrió por todas partes la noticia de que el Tat se casaba con la hermosa hija del señor Soe y hacían una gran fiesta. Los mensajeros del Tat fueron de pueblo en pueblo invitando a todos, menos al Tucán, que era un viejo enemigo del novio.

El Tucán estaba que se moría de rabia, porque nada había que le gustara tanto como comer y beber y bailar la polca en las fiestas. Por otra parte quería ver en persona a la hija del señor Soe, que todos decían que era tan hermosa que parecía un sol verdadero.

sí que decidió ir disfrazado para que nadie supiera que él era él. Se puso un vestido antiguo, de color oscuro y un pañolón blanco en el cuello.



Pero el Tat no era zonzo y enseguida supo que aquel disfrazado era el Tucán. Cuando lo vio, estaba disfrutando del aguar-diente y relamiéndose con su lengua colorada.

—¡ ah! —resopló el Tat —. ¡Este Tucán no tiene remedio!

De modo que al Tat se le ocurrió lo siguiente para darle un escarmiento al Tucán. Le pidió a su novia que le ofreciera al señor invitado un brindis de honor. El Tucán aceptó, muy halagado, pero apenas había mojado sus labios cuando el Tat lanzó una maldición:

—¡ que el vaso se quede pegado a quien sea un mentiroso!

Cuando el Tucán quiso reaccionar ya fue demasiado tarde, y vanos fueron sus intentos por desprenderse del enorme objeto.

Se vio en ridículo y no tuvo más opción que salir de la fiesta volando, convertido en pájaro.



El picaflor

Leyenda guaraní

Había una india muy bella que se llamaba Flor y estaba enamorada de un indio joven y valiente. Un día, el padre de Flor se llevó a su hija a otra tribu, donde estableció una nueva casa, y el enamorado quedó sumido en tanta tristeza que se convirtió en pájaro. Desde entonces revolotea por todas las flores para encontrar alguna vez a su Flor. En esta leyenda de origen guaraní, al picaflor se lo llama Mainumbí».



La luciérnaga

Leyenda guaraní

Aquí y allá gritaban:
—¡ ha i está de novia! ¡ ha i está de novia!
¡ h, pronto habría casamiento!

ha i era la hija más hermosa del cacique Yaguarova. Su pueblo había estado en guerra con el pueblo del se or rapatuare, y ahora, para sellar la paz, le entregaba para esposa a su hija ha i. ada más había que preparar el banquete: el licor de maíz y la comida.

¡ uánta ansiedad deparaba ese día!

Sin embargo, la nica que lloraba era la bella ha i. Lloraba y lloraba. Su padre la obligaba a casarse con un hombre que no amaba. demás, ella estaba enamorada de ho opi, un joven cazador a quien el jefe Yaguarova había e pulsado de la aldea por el delito de enamorar a su hija.



También ho opi sufría. Sus sollozos eran tan fuertes que los árboles temblaban y sus lágrimas eran tantas que habían hecho un arroyo en medio de la selva.

Un mago, que entre los guaraníes se llama payé, se apiadó de él y le enseñó unos versos mágicos. Mediante esta fórmula, convirtió al joven en una luciérnaga, para que no sufriera por una mujer, por una mortal, sino que disfrutara de la naturaleza. Pero ho opi no lo entendió así y, cuando llegó la noche, encendió sus lucecitas y se fue volando en busca de su amada.

Llegó cuando ha i, en su quebranto, contemplaba las estrellas aguardando la llegada de su verdadero amor. Se posó sobre ella y le habló al oído pidiéndole que lo siguiera hasta el lugar donde acostumbraban caminar. Una vez allí ho opi quiso convertirse nuevamente en persona pero se olvidó del conjuro que le había enseñado el payé. Los enamorados fueron entonces a buscar al mago, pero éste se negó a ayudarlos.

—Ya es demasiado tarde —dijo—. Yo puedo devolverte tu forma humana. Sólo puedo convertirla también a ella en luciérnaga, para que te acompañe...

Como ambos estuvieron de acuerdo, haqui se transformó en luciérnaga y así los dos viajaron hasta las estrellas.



El plumaje de los pájaros

Leyenda ue ua

Hace mucho tiempo, cuando el mundo recién empezaba a dar vueltas, las flores tenían ya sus colores. Eran fragantes y coloridas. Los pájaros, en cambio, eran grises y castaños y al mirarlos no sentían los demás sino tristeza o aburrimiento.

— nosotros —pensaron con toda justicia nuestros pájaros— también podemos, como las flores, lucir en nuestras plumas esos mismos colores con los que ellas llaman la atención, haciéndose admirar tanto.

Y como era deseo de todos los pájaros poder lucir en sus cuerpos plumas de bonitos y vivos colores, decidieron reunirse para pensar en el medio de conseguirlo.

penas disipadas las sombras de la noche, se dejó oír entre el ramaje el bullicio de los pajaritos al despertar en sus nidos y la inquieta charla de los que discutían. Los más madrugadores,



como la calandria, el hornero, la cachila , el churrinche y el jilguero, fueron los primeros en abandonar sus nidos, recomendando a sus pichoncitos mucha obediencia y cuidado mientras durara su ausencia.

Millares de pájaros llegaban de lejos a la asamblea, todos con el mismo reclamo: «Queremos colores en nuestro plumaje». Además habíase visto reunión más llena de alboroto.

Cada uno de los concurrentes manifestó su modo de pensar, y las opiniones fueron discutidas en el mayor orden y con perfecta educación.

Algunos deseaban poseer un solo color en su plumaje, mientras otros aspiraban a tener muchos diferentes éstos ansiaban tonos suaves, aquellos los pretendían muy vivos y brillantes.

—Pero, cómo conseguiremos dar color a nuestras plumas —se preguntaban. En esto consistía el más importante de los problemas y la mayor dificultad para resolverlo.

Después de discutir varias opiniones, algunos propusieron hacer un viaje al cielo para pedir al dios «Dante» la gracia de que pintase sus plumitas con los colores con los que había pintado las flores.

A todos les pareció magnífica la idea, y batieron sus alas en señal de aprobación. También idearon la forma de manifestarle su contento, en el caso de que les concediese la gracia: elevarían en su honor un himno de gratitud, uniendo todos sus más melodiosos cantos. Un himno que sería mucho más solemne y hermoso que aquel canto con que todos lo saludaban en la alborada de cada nuevo día.

Sin pérdida de tiempo, comenzaron a prepararse para realizar el viaje. Lo suponían largo y peligroso, pero estaban decididos a realizarlo, con tal de lucir el hermoso plumaje con que tanto soñaban.



eunidos en bandadas numerosísimas, emprendieron su viaje en una mañana hermosa, pensando regresar antes del atardecer.

Algunos de ellos se quedaron en tierra.

El hornero, de puro laborioso, se quedó construyendo su nido. Por eso desde entonces orienta siempre su nido hacia el sol.

La tacuarita o ratona no viajó, porque sus pichoncitos eran aún muy pequeños y estaba enseñándoles a volar. Desde entonces sólo canta cuando brilla el sol, y lo hace mirando hacia él.

El pirincho o pirirí estaba ocupado colaborando con las tareas de los hombres en unos sembrados y, como siempre fue tan cariñoso y buen compañero, desde aquella época se lo quiere más por bueno que por bello.

La calandria tuvo por misión alegrar la soledad del bosque con su cantar maravilloso. Y lo hizo con arte tan exquisito, puso en su canto tanta gracia y armonía, que desde entonces es el pájaro cantor que no tiene rival en toda América.

Y hubo uno pequeño, que por ser tan pequeño no pudo volar al cielo. Era el tumíco. Este diminuto pajarito quedó volando, inquieto y ligero, sobre las flores del bosque. Parecía una grácil mariposa visitando las corolas más bonitas y vistosas. Era tal su impaciencia, esperando el regreso de los pájaros viajeros, que no se quedaba quieto ni un instante, ni asentaba sus patitas en el suelo tal como lo hace ahora. Así anduvo todo el día, de flor en flor, volando delicada y sutilmente.

Llegó la hora del crepúsculo. Los viajeros no aparecieron. Y pasó también la noche sin que ellos regresaran.

El alba de un nuevo día animó el bosque con el despertar de los pájaros que habían quedado en él. Llenos de ansiosa curiosidad revoloteaban de rama en rama, preguntándose la causa de semejante demora.

El tumi íco no cesaba de volar entre las bonitas flores que tenían sus corolas salpicadas de gotitas de rocío que brillaban a la luz del sol con destellos de piedras preciosas.

¿ué habría ocurrido allá lejos, muy cerca del reino del dios nti, hacia el que se habían dirigido contentos y optimistas los pajarillos de la selva —abrían ofendido a los dioses con su audacia y tal vez recibido por ello algún castigo— olverían con sus plumitas pintadas —habrían perecido en el largo viaje

Lo que había ocurrido era que nti, dios supremo que dominaba el aire, la tierra y el agua, considerando muy justas las aspiraciones de sus alados hijitos, había decidido convertirlas en realidad.

—Estos pájaros no podrán llegar a mí —se dijo nti—. Con el calor de mis rayos se quemarán sus alas y no podrán volar. Es preciso que pinte sus plumas suavemente y con dulzura.

Y así fue como el dios reunió algunas nubes que había en el cielo, les ordenó que lo ocultasen y que hicieran caer una copiosa lluvia, justamente en el lugar por donde viajaban las aves en su busca.

Elas encontraron el refugio de un bosque para resguardarse del aguacero. Entonces nti hizo que las nubes se apartasen para dar paso a sus hermosos rayos. —¡Sí! las aves vieron aparecer en el cielo el más espléndido arco iris que jamás se haya visto...

—traídos por la hermosura de los colores, todos volaron presurosos y se posaron en él a fin de que les diese un poco de belleza para sus deslucidos plumajes.

—Cada uno quería elegir el color que más le agradaba.

El cardenal metió su cabecita con copete en la franja roja, y con eso se quedó muy contento.

El dorado se paseó largo rato por la amarilla. Por eso sus plumas son de ese tono.



El jilguero también le gustó el amarillo y se paseó por él, quedando negra su cabeza, porque llegó la noche y borró el arco iris.

El churrinche se tiñó casi todo de color rojo vivo, y dejó sus alas oscuras como las sombras de la noche.

Tantos colores eligió el sietevestidos, los recorrió tanto en todas direcciones, que consiguió para sus plumas todos los que le dio el arco iris. Por eso lo llamamos también «sietecolores».

Y así como éstos, todos eligieron libremente el color de su plumaje. Luego decidieron regresar. Por la noche volaron sin descansar. Deseaban llegar al bosque lo más pronto posible, para mostrar a sus compañeros el color de sus plumas como prueba de la bondad del dios nti.

Por eso, al amanecer del día siguiente, instantes después de que los pájaros del bosque abandonaran sus nidos, mostrándose inquietos y afligidos por la tardanza de sus valientes amigos, se vio algo así como una lluvia de flores que caía sobre el verde follaje de los árboles: eran las bandadas de mil pájaros que traían en sus plumas los colores del arco iris.

Los recién llegados trataban de lucir sus nuevos y vistosos plumajes. Mientras algunos se paseaban coquetones dando saltitos sobre el verde césped, otros desplegaban sus alitas con toda gracia y donaire, y otros levantaban el copete de sus pintadas cabecitas.

En el barullo y la confusión de la llegada de los felices viajeros, ninguno había advertido que entre ellos faltaba el picaflor.

De repente llegó hasta ellos el diminuto tumiico, el más pequeño de todos, ¡el más lindo entre los lindos!

Una sola exclamación salió de todos:

— ¿Cómo tienes esas plumas tan brillantes y preciosas si no has volado hasta el arco iris?

El picaflor oyó esta pregunta y no supo responder.



ino en su ayuda una flor, que dijo:

—Tumi ico tiene ahora los colores del iris, los de nuestros pétalos y los de las piedras preciosas, porque ama la luz, la miel de los cálices y las gotas de rocío...

El picaflor dijo entonces:

—¡ antemos a nti el himno prometido!

Y el coro de las mil voces del bosque se elevó hasta el cielo.



El chingolo

Leyenda argentina

Había un viejo tropero que siempre le decía a su hijo: — ijo mío, has nacido gaucho como tu padre y tu abuelo. Debes ser también, como ellos, un buen tropero... De día, silbando, silbando, se lleva la tropa de aquí para allá de noche, cantando y mirando hacia el cielo, se cuida el ganado bajo las estrellas.

Pero al hijo no le gustaba el trabajo, y menos aún el oficio de tropero. Y el padre, empeñado en que su hijo fuera tropero como él, trataba de hacerlo entrar en razón con consejos unas veces, con castigos otras. Pero todo resultaba inútil: el hijo no cedía. No le gustaba la ocupación y, si alguna vez acompañaba a su padre, lo hacía con gran desgano y con mayor disgusto.

Sucedió que, una tarde, padre e hijo iban arreando una tropa y tuvieron que vadear un río de torrentosa corriente.



Llegados a un paso muy hondo, los animales comenzaron a dispersarse. El viejo tropero ordenó a su hijo que impidiese el desbande del ganado. ¡Perderían muchas vacas! ¡Y ellos eran pobres! o podían darse el lujo de perder animales ahogados los pobrecitos.

Pero tan mal cumplió el hijo la orden del padre, que el padre, para no pegarle al chico de pura rabia, decidió hacer el trabajo por sí mismo. Internó su caballo en la hondura del río y, como allí había un remolino, la fuerza del agua lo arrastró pronto. o pudo nadar porque la resaca y la espuma lo envolvían, y murió ahogado el viejo tropero.

Lloró el hijo la muerte de su padre. Se sentía culpable y comenzó a sentir un arrepentimiento profundo y un pesar muy grande.

—¡ y, padre, ay, padrecito mío, qué cosa más fea le he hecho!

Lloraba desconsolado, escondido, porque le habían dicho que los hombres no lloran. Se enjugaba las lágrimas en un pa uelo, dos pa uelos, veinte pa uelos, y todos así mojados iba luego y los enterraba debajo de un omb que daba su sombra sobre un palenque.

uiso tranquilizar su conciencia y pagar el mal que había hecho, y decidió entonces hacerse tropero. sí creía poder consolarse de la pena que lo embargaba. comenzó a encari arse con el oficio trabajaba en él con alegre afán.

Silbaba de día mientras arreaba la tropa o, haciendo la ronda, cantaba de noche mirando hacia el cielo».

El silbido del tropero era más bien el suspiro de un alma que espera consuelo para su pesar.

Pero el consuelo no llegó nunca, y la calma del joven tropero se convirtió en tormento.



—¡Pobre padre! —pensaba—. ¡ o se cumplirán nunca sus deseos de hacer de su hijo un gaucho tropero!

gobiado por el dolor y el arrepentimiento, confióle al fin su tristeza a un amigo, diciéndole:

—La pena me tortura y no puedo resistirla. Pronto he de morir. uando mis huesos queden libres, arrójalos uno a uno a los pasos o vados de los ríos y arroyos por donde he pasado cuando acompa aba a mi padre, con gran desprecio del trabajo y mala voluntad para cumplirlo.

Prometióle el noble amigo satisfacer su pedido y, después de un tiempo, así lo hizo.

Dicen que el agua fue gastando poco a poco los huesos del tropero arrepentido y que, después de largos a os, fueron esos huesos tomando la forma de huevos.

Dicen también que de cada uno de esos huevos nació un pajarito.

Ese pajarito es el chingolo.

Silba cuando canta, porque el tropero silba y canta de día y de noche azuzando la tropa en la soledad de los campos.



La lechuza y la iguana

uen u ar argen n

En un pueblo perdido en medio de la pampa, vivía una mujer muy chismosa y burlona. Ya estaba criticando a uno, ya estaba criticando a otro. La mejor época para el chisme era la de los trabajadores golondrina. Venían muchos trabajadores de otros pueblos a recolectar el algodón o a cosechar las frutillas y entonces ella daba rienda suelta a la lengua.

Que este no se vestía bien, que el otro echaba panza, que el de más allá no se peinaba nunca, que aquel, cuando hablaba, escupía. Alguna que otra vez, uno le advirtió:

—Déjese de hablar mal de la gente, que el día menos pensado le van a cortar la lengua. Por conversadora.

Pero la cosecha y la recolección acababan y los trabajadores se volvían a sus casas. Entonces se quedaba muda. Y para ella, que era tan charlatana, quedarse muda era como estar muerta.





El lado de su casita había una vecina muy tranquila. La chismosa le echó el ojo y empezó a criticarla. La vecina, muy cuidadisa en su persona y en la forma de vestir, brindaba un cuidado muy especial a sus manos y gracias a ello las tenía muy hermosas, por lo cual todos se las admiraban.

En una oportunidad la chismosa asistió a una reunión y allí dio rienda suelta a las críticas contra la vecina a la cual envidiaba. Mientras chismoseaba, no dejaba de llevarse al buche una copita de licor y otra y otra, y el licor la envalentonaba a decir cosas cada vez más subidas de tono.

sí que susurró:

—Lindas manos tiene, eh Lindas manos. Pero, por qué Porque no hace nada, no trabaja, no limpia, no lava. Los pone a trabajar a los pobres hijitos, los tiene limpiando, barriendo y fre-gando de arriba abajo por toda la casa. Los trata como a esclavos. Y lo peor es que con el afán tan grande que tiene de poseer lindas manos y no estropeárselas, ni siquiera les hace una caricia a los chiquitos.

En la reunión se hizo un:

—¡ hhh! —y luego un silencio tremendo.

ué terrible era la vecina de las manos lindas, si de verdad era como la chismosa decía que era. Todos se quedaron pensando en este asunto y alguno hubo que pensó en voz alta y así llegó a oídos de la vecina.

— ue qué —preguntó iracunda—. ¡ ue yo qué... !
o lo podía creer.

Tomó un palo y salió en pleno día en busca de la chismosa.
ba a los gritos por la callecita gritando a viva voz:

— Dónde está esa chismosa ¡Su propia lengua la enreda!
aminaba y chillaba:



—Por culpa de tanto chisme, ¡chismea hasta de su abuela!
Y también:

—El día que usted se muera, ¡ni la ti osa la lleva!

La encontró en un camino y comenzó a apalearla. Enfurecida y sin control, la castigó tanto que la dejó malherida y sin poder moverse. En cada palazo se oía un huesito que crujía.

Dios puso los ojos en blanco y sentenció:

—Esto no puede ser.

Así que decidió castigar a ambas mujeres y transformó a la que se había dejado llevar por el enojo en iguana y a la chismosa en lechuza.

La iguana aún conserva sus manitas bien cuidadas y sólo sale de día. La lechuza no puede emitir sino chistidos y graznidos, ya que el hablar le acarreó el mal y, además, solo sale de noche por temor a recibir otra paliza. Ignota aún que quien le diera semejante castigo descansa en horas nocturnales.



Los pájaros de colores

Legenda de u a

Los pájaros iban en caravana, cruzando puentes, caminos, volando sobre el desierto para no quemarse las patas, se metían en las nubes para refrescarse. El siguiente cantando, la bijirita en el lomo de la tojosa, la paloma llevando el mensaje a la cabeza de la gran manifestación que iba a homenajear al rey por su cumpleaños.

Al fin llegaron al palacio y tomaron cada uno su puesto: la paloma, en el sitio de preferencia, y el algodón, cubriéndola de pies a cabeza.

El rey, feliz de recibirlos, salió con su casaca roja a saludar.

Los pájaros le hicieron reverencia, le besaron las manos. Estaban todos muy complacidos. Pero había un pájaro que era muy vanidoso. Además, causaba la envidia de los demás, de tan blanco y brillante que era su plumaje. Un color blanco como la espuma, como la leche de coco, como la nube.

Le decían dilete, que es la belleza.



dilere se quedó rezagado y no saludó al rey.

estaba ocupado en sus propios pensamientos ese día: se le había desplumado el copete, necesitaba un peluquero nuevo para sus plumitas o bastaba con un buen cepillo

— Para qué vino —preguntó el sij.

—Para darse corte y que andemos todos por ahí elogiándolo... —refunfuó la siguapa.

Todos se morían de envidia.

El rey lo llamó:

—Tú, acércate.

dilere se acercó y le hizo una reverencia.

Y aquí fue donde ni el sij, ni la siguapa, ni el sinsonte pudieron más y tomaron un montón de la ceniza que había por ahí, juntaron manteca de cacao en pedacitos, azufre y tinta y se lo tiraron a dilere con toda la rabia que había en sus patitas. De inmediato, dilere quedó transformado en un arcoiris.

Entonces lanzó un ¡ah!, un gemido muy profundo.

Pero pronto comprendió que con los colores se veía más lindo que cuando era blanco.

El rey, al verlo coloreado, le puso una corona como premio. Coronita de cardenal.

Y así, por la envidia de los feos, nacieron los pájaros de colores.

acabó dilere, que es la belleza.

La paloma, como no intervino en la trifulca contra dilere, se quedó blanca.

El rey la nombró, entonces, su mensajera oficial.

así se acaba la historia.

Hay manchas y manchas en la vida, hay lunares y hay rayas. Pero también están los vivos colores y eso quiere decir que por ahí anda volando dilere.



El pajarito azul

Leyenda de Perú

Hace mucho tiempo, en el gran océano que baña las costas del Perú no había peces. Había corales, esponjas, medusas, caracoles y otros animales, pero ningún pez nadaba en sus azules aguas. Estos habitaban únicamente los ríos, lagos y torrentes del Perú, pero eran tan pocos que no los pescaban.

Un día estos peces emigraron hacia el océano, y allí se multiplicaron. ¿E aquí cómo ocurrió:

En esa época vivía en el Perú un joven príncipe, hermoso y gallardo. Era muy poderoso y conocía artes de magia. Lanzaba un gesto suyo para que colinas y montañas se aplanasen y transformasen en prados verdes y fértiles llanuras. Sumergía una caña en un río, y en el mismo instante las aguas aumentaban, desbordaban y regaban los campos de cultivo. Pronunciaba unas fórmulas mágicas, y al momento quedaban desecados los pantanos y las



lagunas fangosas, cuyas cuencas se transformaban en fértiles plantaciones de plátanos.

Este príncipe se llamaba Oniyara y, como era un hombre justo al que le gustaba hacer el bien, a menudo se disfrazaba de mendigo para mezclarse con la gente pobre y enterarse de sus necesidades y anhelos. Muchas veces acompañó a los pastores de llamas que recorrían los escabrosos senderos de los andes. Entraba en las cabañas miserables y veía cómo se molía con esfuerzo el maíz conseguido con dedicación en las laderas rocosas.

Nadie reconocía a este príncipe cuando se disfrazaba de mendigo.

Había por aquellos tiempos en esas tierras una princesa llamada Avillaca, que rechazaba tercamente a todos los pretendientes que se le presentaban. Un día la hermosa princesa penetró en un bosque, se sentó a la sombra de un árbol y empezó a tejer una estera multicolor. En ese momento se posó sobre una de las ramas del árbol un pajarito de plumaje azul. Era el príncipe Oniyara, que había tomado aquel aspecto para explorar con mayor facilidad sus dominios y las tierras vecinas. Al ver a la princesa, se enamoró de ella, pero recordó que ésta era capaz de rechazarlo, como había hecho con tantos pretendientes. Recurrió entonces a la astucia. Comenzó a gorjear tan melodiosamente con su garganta de pajarito cantor, que la joven dejó a un lado el tejido para escuchar, fascinada por la música de aquella ave.

El pajarito se separó de la rama y voló de un árbol a otro, mirando a veces hacia atrás para cerciorarse de que la princesa lo seguía. Impulsada por una fuerza invencible, la joven se internaba cada vez más en el corazón de la selva para no perder de vista al pajarito. Este continuaba cantando a medida que volaba hasta que llegó a una montaña en cuya ladera se abría una caverna enorme. Entró en ella y Avillaca lo siguió.



La caverna era inmensa. Estaba amueblada espléndidamente. Las llamas de un gran fuego iluminaban tapices y cojines de ricas telas, y sobre una mesa baja se veían manjares sobre recipientes de plata.

El pajarito se posó sobre una roca, miró largamente a la princesa y habló con voz dulce y suave:

— ella avillaca: yo soy un príncipe dotado de mágicos poderes, pero no puedo decirte mi nombre. Quiero que sepas que te amo. Si aceptas casarte conmigo, viviremos en una gran caverna y yo dedicaré mi vida a hacerte feliz.

avillaca miró al pajarito azul enormemente conmovida por las palabras que acababa de oír, y aceptó la propuesta. En ese instante se abrió una hendidura de la roca y apareció un venerable sacerdote de blanca barba. Este bendijo la unión de los esposos y luego desapareció silenciosamente.

Una vez que la princesa y el príncipe cenaron, éste dijo a su esposa:

— penas anochezca yo volveré a mi forma humana. Tú no debes intentar verme. La caverna quedará en la oscuridad más completa porque el fuego se irá apagando. Si desobedeces y tratas de verme, sufriremos muchos males.

avillaca estaba tan feliz que prometió obedecer la condición.

Pasó un año durante el cual los esposos vivieron felices. Al anoecer el pájaro azul dejaba los árboles del bosque, penetraba en la oscura caverna y en cuanto se extinguían las llamas de la chimenea, adquiría forma humana. Antes del alba volvía a su condición de pájaro y salía a vagar por la selva.

Pero cuando la princesa dio a luz a un niño comenzaron sus preocupaciones: «Yo he visto nunca el rostro de mi marido. ¿O es justo. Quiero saber quién es el padre de mi hijo».



partir de aquel día la princesa acribillaba a preguntas a su esposo cada noche. Este nada respondía. Entonces la princesa decidió recurrir a la astucia.

«Egresaré a mi palacio y haré las averiguaciones necesarias. Quiero saber quién es el padre de mi hijo». Con este pensamiento, una mañana, después que el pájaro azul se hubo alejado, la princesa salió de la caverna con su hijo en brazos.

Al llegar a su casa fue recibida con alegría por sus padres y amigos.

Un año después anunció que había decidido elegir esposo entre los príncipes de las comarcas vecinas.

El padre, feliz por esta decisión, la anunció a todas las familias nobles.

Príncipes, cazadores, guerreros y ricos mercaderes acudieron con la esperanza de ser elegidos. Cuando estuvieron reunidos en el gran salón de fiestas, la princesa se presentó llevando en brazos a su hijo:

—Los he reunido aquí —dijo la princesa— para revelar un secreto que no me da paz y sosiego. Hace dos años contraje matrimonio con un príncipe, que es el padre de este niño. Sin embargo, aún no he podido ver el rostro de mi esposo y tampoco sé su nombre. Tengo la esperanza de que se encuentre entre ustedes. Le ruego que se adelante y se haga conocer.

Al oír tales palabras los invitados se miraron, asombrados.

Viendo que ninguno se adelantaba, la princesa prosiguió:

—Puesto que el padre de mi hijo no quiere revelarse, el niño lo indicará. Lo traeré para que ande entre vosotros. Por instinto la criatura se dirigirá a su padre.

En efecto, en cuanto el pequeño se vio libre, se dirigió hacia uno de los presentes. Este era un harapiento, que había entrado sin ser visto por la guardia del palacio y permanecía en el fondo



del salón. Cuando el pequeño se le acercó, él se inclinó y lo acarició con ternura.

avillaca, aturdida por aquella escena inesperada, palideció. Era posible que su esposo fuera aquel hombre con aspecto de mendigo. Vergonzada por todo eso, corrió hasta la criatura, la alzó y salió del palacio rápidamente. Se dirigió hacia la costa y se perdió de vista.

En vano fue llamada por su esposo que, volviendo a su condición de príncipe, intentó alcanzarla.

—¡Detente! ¡Soy yo, tu esposo!

La princesa, creyendo que el perseguidor era el harapiento que había acariciado a su hijo, apretó a éste contra el pecho y siguió corriendo. avillaca se decía:

¡Yo, que he rechazado príncipes y nobles de alta alcurnia, terminé casándome con un mendigo! o volveré jamás entre los míos. Me esconderé lejos de mi tierra. vé a donde nadie me conozca...!»

El príncipe siguió andando en la dirección que había tomado la princesa. Encontró un cóndor sobre una roca y le preguntó:

— Puedes decirme, hermano cóndor, si pasó por aquí una joven con un niño en brazos

—La he visto —respondió el cóndor— no debe andar lejos.

El príncipe anduvo varias horas sin éxito. Encontró un gato montés y le formuló la misma pregunta:

— hermano, ha pasado por aquí una joven con un niño

—Sí, hace unas horas.

— Estará muy lejos

—Sí, muy lejos difícilmente podrás alcanzarla.

pesar de esa respuesta desalentadora, el príncipe siguió corriendo. En un desfiladero encontró un puma.

— hermano puma, has visto a una joven con un niño



—Sí, pasó por aquí hace poco tiempo. Su marcha era lenta. Parecía cansada. Si te apuras tal vez la alcances en pocas horas.

Cuando el príncipe llegó a la costa del océano se detuvo a observar la planicie marina. ¡Vio una huella de avillaca sobre la arena de la playa!

Frente a la orilla jugueteaban dos jóvenes sobre las altas olas. Parecían sirenas, ya que sus movimientos eran idénticos a los de los peces de los lagos.

Cuando las hábiles nadadoras se acercaron al príncipe, éste les preguntó:

— ¿Habéis visto a una bella joven con un niño en brazos?

—Sí, la hemos visto. Ella ha atravesado a nado este brazo de mar y se ha refugiado en aquel escollo, ¿lo ves?

Una gran tristeza invadió el ánimo de Coniyara. Él tenía poderes mágicos en tierra, pero en el ámbito marino se sentía desamparado. ¿Cómo llegar al lejano escollo adonde se había escondido avillaca?

Las dos sirenas advirtieron la pesadumbre del príncipe y le prometieron auxiliarlo:

— Remos nosotros hasta allá. Hablaremos con ella y te diremos cuáles son sus sentimientos.

Efectivamente, se dirigieron hacia el escollo y en pocos instantes se encontraron con la princesa. Ella lloraba, sentada sobre una roca, porque se sentía desventurada. Al ver acercarse a las dos nadadoras se alzó para oír mejor sus voces. Pero al enterarse de que traían noticias de su esposo, respondió con una mueca despectiva:

— ¿O me habláis de ese mendigo.

—El engaño le fue indispensable para lograr tu mano. Te rechazabas a todos los pretendientes.

—Pues yo no lo perdono. ¿O quiero oír hablar de él.



nte aquella decisión, las dos jóvenes volvieron a la costa y le contaron todo a oniyara. éste se le llenaron los ojos de lágrimas. Pensaba en su mujer, a la que él adoraba, y en su pequeño hijo, e puestos a las inclemencias en aquel escollo rocoso, y se le oprimía el corazón.

Las dos sirenas, compadecidas por aquel dolor, propusieron al príncipe:

—Si no tienes poder sobre las aguas del océano, debes servirte de los animales de la tierra. Si no puedes ir hasta el escollo, haremos que avillaca venga hacia ti. Estamos seguras de que te amará en cuanto te vea en tu figura de príncipe. en con nosotras.

Lo tomaron de la mano, lo llevaron a su casa, que estaba situada a orillas de un lago, y le dijeron:

— rdena a los carpinchos y a las nutrias cavar un canal que una las aguas de este lago con las del océano.

l quedar el lago comunicado con el océano, los innumerables peces se lanzaron hacia el océano y lo poblaron en poco tiempo. Muchos de ellos rodearon el escollo en que estaba la princesa con su hijito, y éste se entretuvo largo tiempo siguiendo los rápidos movimientos de aquellos ágiles nadadores.

Las dos jóvenes protectoras estaban agradecidas al príncipe por haber conseguido para los peces del lago un canal para llegar al océano.

— sí como los peces del lago han logrado llegar al inmenso océano, así también las poderosas aves de la tierra podrán ahora volar sobre las olas. Por lo tanto, poderoso príncipe, ordena a las garzas y a las grullas que vuelen hasta el escollo y te traigan a tu mujer y a tu hijo. uando avillaca y el pequeño fueron depositados sobre la costa por las aves, oniyara se acercó y le dijo a su esposa:



—Princesa: para que no rechazaras mi amor, recurrí a la magia y me transformé en pájaro azul. Luego no podía concurrir al palacio de tu padre sino disfrazado de mendigo.

avillaca interrumpió el discurso de oniyara diciendo:

—Príncipe: soy yo quien debe pedir perdón por haberte hecho sufrir tanto. Yo no podía pensar en los secretos de las artes de magia. Pero quiero aclararte algo que alegrará tu corazón: si en vez de transformarte en pájaro te hubieras presentado así, tal cual eres, es seguro que te hubiera aceptado igualmente.



El pájaro de fuego

Leyenda índica de Ecuador

Los jíbaros no tenían fuego, se comían crudos los zapallos, los porotos, la yuca, las aves y los peces. Tampoco podían alumbrarse por las noches. Pero había un hombre que sí tenía, no se sabe cómo, la chispa y el fuego. Se llamaba Taquea.

Una vez su mujer se fue a la chacra a juntar raíces. De regreso encontró un quinde inmóvil sobre el camino, estaba mojado y no podía volar para conseguir su alimento. La mujer se compadeció del animalito y se lo llevó a su casa con la intención de calentarlo. Lo acercó a las llamas. El quinde sacudía las alitas en la ceniza caliente. Pronto pudo pararse y sin querer prendió su cola y se echó a volar. Se posó en un tronco seco del bosque y allí dejó la llama para los jíbaros. Estos salieron corriendo de



sus chozas y, al ver la maravilla, cada uno tomó su parte y se la llevó a su casa.

sí comenzaron a cocinar los alimentos, a alumbrarse de noche y a tejer cuentos alrededor de una fogata... y es por ello que el quinde tiene en la cola un chispazo de fuego.



El águila que señaló la capital de México

Legenda a e a

Hace muchísimo tiempo, los aztecas decidieron fundar su capital de una manera muy singular. Persiguieron un águila y dónde el águila se paró, fundaron Mé ico. o le pusieron Mé ico, porque así se llamó después, sino Tenochtitlán.

Pero por ahí cuentan otra cosa. ue por un pelo, o peor, por una pluma, la capital de Mé ico no fue San Pedro de oyutla, en eracruz.

Dicen que el águila venía volando, y detrás de ella caminaba mucha, muchísima gente. enían siguiendo al ave para formar su pueblo donde ésta se detuviera, porque no tenían casas y vivían como peregrinos.

Y dicen que el águila, antes de llegar a Mé ico, se fue a parar en San Pedro oyutla. usto por ahí había una indiecita tolteca



que era muy haragana. La noche anterior la había pasado bailando un baile y otro baile y no le dio descanso a sus pies. — sí que aprovechó que su patrona no la vigilaba, dijo que iba a buscar agua al pozo y se echó a dormir bajo la sombra de un árbol.

Desde la tierra le llegó un murmullo, y tan confundida estaba la indiecita que se preguntó:

— Se armó el baile de nuevo

Y abrió los ojos de repente y vio al águila posada en el arco del aljibe.

—¡ h! —gritó la indiecita.

enció el terror con el último coraje de su alma y la espantó.

Entonces el águila volvió a levantar el vuelo, y detrás de ella siguió toda esa gente caminando, hasta llegar al lago de Teacoco.

— ¡ Ahí la vieron parada sobre un nopal , y en ese mismo lugar fundaron su ciudad.

— sí que lo que todos dicen es que si la indiecita haragana no hubiera gritado, la capital de la gran Tenochtitlan hubiera sido en San Pedro Atlixco, donde el águila se quiso parar.



El Príncipe Tukuluchú

Leyenda maya

Hace muchos años vivía en la ciudad llamada Ch'in ultic un príncipe hermoso y gran guerrero llamado Tukuluchú. El príncipe Tukuluchú tenía los ojos color de cobre y la piel color del bronce. Tenía buen carácter, pero no solía interesarse por las cosas del mundo. Eso lo dejaba a su padre, que fuera el rey quien se ocupara de gobernar y mantener la paz en el reino.

El príncipe nada más le gustaba internarse en los bosques y practicar allí el tiro al blanco. Lo hacía con un arma llamada hulché y siempre daba en el blanco. Donde ponía el ojo, caía la presa. Tanto le divertía esta actividad que no tenía misericordia para con ninguna criatura. Lavaba su hulché en los troncos gigantes, en las garzas, y en los venados, en las fieras y en los pájaros, llegando a herir hasta a la mariposa y al colibrí.

Una mañana en que el príncipe Tukuluchú ya estaba aburrido de matar cardenales y guacamayos, sintió ganas de probar con



su hulché presas nuevas. Pensó en el cielo. Qué lindo sería clavar el hulché en el cielo.

El príncipe trepó a las rocas más altas y allí, con mano segura, arrojó su hulché. ¡Y sí! ¡Dio en el blanco! El hulché se clavó en el plumón amarillo del sol. ¡Ay quien dice que oyó ese día el crujido que hizo el sol cuando perdió ese pedazo.

El príncipe gritó:

— ¡Seré al dios ¡in-sol! ¡Soy invencible!

Del cielo se desprendió el arma trayendo en la punta un pedazo de sol.

Tu uluch lo vio caer más allá de las montañas y corrió a buscarlo. Se quitó las joyas reales que lo adornaban, para estar ligero y correr bien rápido. Se quitó la corona, el cayado de hilos de plata, ¡hasta la ropa!, y así desnudo fue por las montañas.

Al pasar cerca de un pantano, allá, el genio malo, le gritó:

— ¿dónde vas, príncipe Tu uluch

— a traer mi hulché, que tiene en la punta un pedazo de sol.

— ¡o vayas príncipe Tu uluch, que el dios ¡in te puede matar.

El príncipe, sin hacer caso, siguió su camino y al pasar por el monte ohochtát, el señor del monte, pequeño y gordinflón, le preguntó:

— ¿dónde vas, príncipe Tu uluch

— voy por mi hulché, que tiene en la punta un pedacito de Sol.

— ¡o vayas —le dijo—, ¡in puede enojarse y matarte.

El príncipe Tu uluch siguió corriendo sin detenerse.

Cuando bordeaba un lago, Yunchaac, Señor de las aguas, le preguntó también:

— ¿dónde vas, príncipe Tu uluch

— voy por mi hulché, que tiene en la punta un pedazo de Sol.

— ¡o vayas —le aconsejó—, vuélvete a tu palacio.

Pero el príncipe, sin hacerle caso, prosiguió su carrera.



Al cruzar la selva, Tukuluchán, una bella doncella, le salió al encuentro, y tratando de detenerlo, le dijo:

- ¿dónde vas, príncipe Tukuluch?
- ¡Oy por mi hulché, que tiene en la punta un pedazo de Sol.
- ¡O vayas —le dijo—, regresa a tu palacio.

Intentó detenerlo y distraerlo con sus encantos, pero el príncipe Tukuluch se detuvo apenas y enseguida siguió su camino.

Al atravesar la intrincada selva, la voz dulce de Yumilá, Dueña del bosque, le dijo:

—Príncipe Tukuluch, no sigas ese camino. Egrésate. El dios In es vengativo y te puede hacer daño.

—Estoy harto de que todos me adviertan de lo mismo —se enojó Tukuluch—. ¡No entienden que voy a hacer mi voluntad! ¡Para eso soy hijo de rey! ¡Vé tras mi hulché y me traeré mi sol.

Y decidido a llegar cuanto antes, apresuró su carrera:

—¡Detente! —oyó que le decían imperiosamente.

— ¡O toques eso —le gritaron más fuerte.

Ya había estado su hulché. Lo tenía al alcance la mano. Entonces tendió su brazo y estiró los dedos para tomarlo. Apenas lo tuvo, un remolino se apoderó de él y lo elevó y lo zarandeó entre corrientes de viento muy fuertes. Desde la tierra, el príncipe Tukuluch era apenas un puntito negro.

Por horas y horas el viento lo estuvo golpeando ya lo dejaba caer sin tocar tierra ya lo elevaba tan alto que la respiración se le suspendía, y el príncipe, juguete del viento, acabó por desmayarse.

Cuando abrió los párpados, su espanto no tuvo límites.

Estaba parado en lo alto de un ceibo y era un pájaro de plumaje oscuro, cuyas pupilas no podían ver el sol: ¡Tukuluch, el príncipe, había sido convertido en un zopilote!

¡Así fue como In-sol lo castigó.



La paloma

Leyenda de la isla

Todos los pájaros volaron de Haití a Nueva York. Pero la tortuga no podía porque no tenía alas. Andaba por toda la isla con el caparazón entristecido y chillando:

— y, ay, ay. y, si yo pudiera volar. y, quién tuviera alas. y, qué alegría cruzar el cielo, ay, qué tristeza quedarse en esta isla envejeciendo y envejeciendo. y, que me ponga verde de tan vieja. y, qué infeliz que soy.

sí quejándose le puso a todos la cabeza así de grande y ya no la aguantaban más.

Pero la paloma, que tenía buen corazón, lo lamentaba por la tortuga y le dijo:

—Está bien: te voy a llevar conmigo. En mi pico llevaré un palito de madera, y tú te sostendrás de él mediante tu boca. Pero



no debes soltarlo. Pase lo que pase, no lo sueltes porque caerás en el agua.

La paloma tomó un extremo del palito de madera y la tortuga asió el otro.

Ya en el aire, la paloma voló con la tortuga, atravesando la tierra y yendo hacia el mar.

Ya estaban acercándose al océano, cuando la tortuga y la paloma vieron sobre la orilla un grupo de animales reunidos con el fin de decirle adiós a los pájaros que partían. Estaban saludando muy serios, cuando vieron a la paloma y la tortuga. Una tortuga Un gran alboroto detuvo los saludos.

—Miren —e clamaban uno al otro—. La tortuga está yendo a Nueva York .

—Eso no es posible —gruñó el tapir.

—¡Sí, que sí es posible! Lo estoy viendo con mis ojos.

—¿Cómo que vuela la tortuga —cacareó la gallina envidiosa.

—La ayuda la paloma...

—Siempre tan comedida la paloma...

—¡Mira la tortuga está yendo a Nueva York ! —suspiró la gallina.

Y la tortuga estaba tan feliz de oírlos hablar de ella, que dijo la única palabra que sabía en inglés:

— ye-bye.

h. h. La tortuga había abierto su boca para hablar, de modo que soltó el palito y cayó en el mar.

Es por esa razón que hay tantas palomas en Nueva York , pero la tortuga está todavía en Haití.



La langosta

Leyenda de ndura

En cierto lugar muy lejano vivía una vez un hombre que tenía un sembrado, ya casi listo para cosechar. El maíz estaba muy escaso y los pobres no podían comprarlo porque el precio era demasiado alto.

El sembrador era famoso porque tenía un carácter muy especial. Era un poco egoísta, a decir verdad. También era un poco avaro. Era otro poco mal llevado y de mal genio, nunca decía «buen día», ni «cómo está usted», ni «por favor», ni «gracias». Esto no lo hacía muy popular entre las personas. La madre del sembrador no vivía con él, pero llegó hasta oídos de ella que el maíz que había plantado su hijo estaba alto y era abundante. Así que, despacito despacito y andando y andando, fue a pedirle un poco.





— Yo Me pides a mí y, cuánto me gustaría darte. ué lástima, pero no puedo. Yo quisiera pero no puedo. Es de mal agero empezar la cosecha regalando un poco...

—Solo un poquito, hijo...

— o, no, no. Mi maizal es muy hermoso para echarlo a perder así...

— ijo querido...

— o me insistas, vieja. Ya te dije que no.

— o sigas, hijo. as a hacerme llorar con tu negativa. Piensa en lo que haces...

—Si se echa a llorar, vieja, aquí mismo tengo un pañuelo para que se suene la nariz y se enjague las lágrimas.

— ijo, esto que haces merece un castigo grande... —murmuró la madre.

Y se fue por su caminito, toda encogida y llorosa, preguntándose por qué a veces los hijos se vienen tan malos cuando uno los quiere tanto.

Después de algunos días vino de nuevo a pedir maíz a su hijo. Pensó: Mi hijo ya habrá meditado en lo que hizo. Se habrá dado cuenta de que fue una mala acción y estará arrepentido. Ahora me dará maíz».

sí que le pidió.

Y el hijo se quedó mirándola:

— tra vez, vieja Mire, le doy un consejo. o gaste las suelas de los zapatitos viniendo hasta acá en vano. Después el zapatero tendrá que cambiárselas y eso sale caro. sí que ahorre en zapatos y en camino, y no venga más. ¡Porque no voy a darle ni un solo granito de mi maíz!

La madre dio un grito de dolor, y en aquel momento, como por encanto, brotaron de la tierra millones de langostas o chapulines, como le llaman en esa tierra, que en pocos minutos dieron

Bichos que vuelan



fin a la plantación, dejando la tierra tan limpia como si estuviese lista para una nueva siembra.

Si alguno duda de los que les cuento, tome una langosta y observe lo que tiene en su pecho: hay dibujado un grano de maíz.



Tío Conejo y la piedra del Rey de los Cóndores

uen u ar de ene ue a

Tío Conejo estaba echado entre las matitas de arroz, pensando. Por suerte a esa hora no había nadie y se podía dedicar a pensar, cosa que le gustaba bastante: pensar planes para hacer bromas a los demás. Pero el único pensamiento que se le cruzaba era: ¡qué bueno si pudiera dejar de ser conejo y ser otro animal! No, ser otro no. Porque ser conejo era lindo y además no había conejo más lindo y gallardo que él, según él creía. Lo bueno de verdad sería seguir siendo conejo, pero un conejo invencible y poderoso. ¡qué chévere!

En ese momento, Tío Conejo vio volar muy alto en el cielo a un gran pájaro, uno enorme. ¡Era el Rey de los Cóndores! Volaba sin esfuerzo hacia las montañas azules que se veían en el horizonte.

Como hacía mucho Tío Morrocoy le había hablado de la piedra del Cóndor, que según decían los animales de la selva era el



mejor amuleto contra el peligro y daba poderes mágicos a quien la tenía.

¡Seguro que allí está su nido!», pensó Tío Conejo y corrió veloz, siguiéndolo. Corrió mucho, mucho, hasta que llegó, jadeando, al pie de las montañas.

Desde allí vio cómo el leyeón dor volaba aún más alto para desaparecer por una grieta del pico más alto, allá, casi entre las nubes. Tío Conejo tomó aliento y comenzó a trepar. Por fin llegó junto al nido y sin pararse a descansar le contó al leyeón dor por qué quería la piedra mágica.

—La piedra está aquí, en mi nido, pero no puedo dártela ahora. Primero tienes que cumplir cuatro pruebas.

Tío Conejo estaba feliz.

—Mande usted, Tío leyeón dor. Yo haré lo que me diga.

—Pon atención. Te entregaré la piedra cuando me hayas traído lo siguiente: un colmillo de caimán, una culebra de la sabana, un pelo de las barbas del puma y algunas lágrimas de tigre.

Tío Conejo bajó de la montaña y esa noche durmió contento.

La mañana siguiente tomó su guitarrita y un garrote y se fue a la orilla del río. Y allí se puso a cantar. Tan bonito lo hizo, que un sapo se le acercó y le hizo los coros.

Más allá el Tío Caimán dormía.

El ruido que hacían los músicos lo hizo despertar de mal humor.

Lentamente se fue acercando a los cantores.

Tío Conejo lo miraba con un ojo.

Tío Caimán avanzaba.

Traía la inmensa boca abierta.

Cuando calculó que lo tenía a buena distancia Tío Conejo le dio un solo golpe con el garrote.

Un enorme colmillo saltó por el aire.



Tío Conejo lo cogió al vuelo y con tres saltos se alejó.

El otro día, Tío Conejo preparó una tapa bien ajustada para una jarra que tenía, hecha con una calabaza vaciada, y salió a buscar a la culebra sabanera. La encontró tomando sol junto a unos juncos.

— ¡Hola, Tía Culebra. Justamente de usted estaban hablando unos animales, allí cerca de la laguna.

— Y qué decían —dijo la culebra desenrollándose.

— Pues... no eran cosas muy buenas.

— ¿Cómo va a ser —silbó la sabanera—. Dime qué decían esos chismosos —y miró a Tío Conejo con sus ojos amarillos.

Tío Conejo se dio vuelta para no verla:

— Pues... decían que usted no es capaz de deslizarse por una grieta pequeña ni pasar por un agujero estrecho. Que usted no es siquiera capaz de meterse en una jarra de boca ancha.

— Eso decían los animales estupidos. Dame acá la calabaza y ve tú mismo, Tío Conejo.

Y en un segundo la culebra sabanera se metió en la calabaza. De un salto, Tío Conejo le ajustó la tapa y cargó con la jarra y la culebra.

De regreso a su casa se topó con Tío Puma.

Se lo veía contento, con la barriga llena, y Tío Conejo se atrevió a saludarlo:

— ¡Hola, Tío Puma. Qué bien se lo ve.

El Puma sonrió satisfecho y a Tío Conejo se le ocurrió una idea. Se acercó y se le quedó mirando fijamente:

— ¡O puede ser! O puede ser que usted tenga en su barba un pelo gris como los de Tío Burro. ¡Qué mal se ve todo un puma con un pelo de burro!

Tío Puma gruñó:



— Y qué esperas, Tío Conejo, ¡arráncamelo de una vez.

Y Tío Conejo hizo enseguida lo que Tío Puma le ordenaba.

Esa tarde en su casa, Tío Conejo exprimió el jugo de varios limones en una jarra pequeña. Ya tenía el colmillo, la culebra y el pelito. Solo le faltaban las lágrimas de Tío Tigre.

Muy temprano, al día siguiente, se fue camino de la casa de Tío Tigre.

cerca de allí se encaramó a un árbol y se puso a esperar.

El rato, pasó Tío Tigre todavía soñoliento pero con mucha hambre.

Tío Conejo habló desde el árbol:

— ¡Qué sabroso está este pastel! ¿Quieres compartir mi desayuno, Tío Tigre?

— Compartir nada de eso. Pastel y conejo serán mi desayuno —rugió Tío Tigre y se trepó al árbol.

— Por aquí —gritó Tío Conejo desde arriba.

Tío Tigre miró las ramas altas del árbol y en ese mismo instante, Tío Conejo le lanzó a los ojos el jugo de limón.

Tío Tigre rugió y lloró. Por su nariz rodaron unas lágrimas redondas, pesadas, grandotas. Tío Conejo tuvo tiempo de ir a lavar la jarra al río y juntar diez lágrimas de tigre.

El día siguiente se presentó en el nido del Rey Óndor.

— ¿Qué están los cuatro encargos que me hizo.

El Rey Óndor examinó con cuidado el colmillo de caimán, la culebra sabanera, el pelito del puma y las lágrimas del tigre.

Y se quedó pensativo.

— Ahora me puede dar la piedra del Óndor —dijo Tío Conejo orgulloso.

— Sí, ahora puedo dártela —dijo el Rey Óndor, y con el pico le alargó una piedra redonda y blanca.

Tío Conejo la tocó.



Era lisa y fría y parecía brillar con la luz. Tío Conejo estaba feliz.

—Pero hay algo que tengo que decirte, Tío Conejo —graznó el Rey Cóndor—.

Esta es una piedra de las montañas a la que mis hijos y yo hemos alisado afilando en ella nuestros picos. Es una piedra cualquiera. No es una piedra mágica ni puede darte ningún poder.

Tío Conejo no podía creerlo. Se veía tan blanca y pulida. Tenía que haber un poder oculto en ese trozo de roca.

—El poder no está en la piedra —continuó el Rey Cóndor— sino en ti mismo. Guárdala para que recuerdes que sin ella lograste cuatro cosas casi imposibles.

Tío Conejo bajó sin prisa de la montaña. Guardó la piedra del Cóndor y cada vez que lo persigue Tío Tigre, toca su amuleto y se acuerda de sus cuatro hazañas.

Entonces el mundo le parece más luminoso y sus piernas, más veloces.



Pajarones que
n levantan
vuelo





El pingüino

Leyenda argentina

Cuenta la leyenda que en otro tiempo el pingüino era un pájaro majestuoso. Tenía unas alas enormes y volaba tan alto como el cóndor. Subía y bajaba del cielo a una velocidad increíble y se posaba en los árboles a la orilla del río o del mar.

Tan hermoso era que se volvió soberbio.

Miraba desde arriba al resto de los pájaros. Todos lo criticaba.

— y, pero qué chueca es la gaviota.

— y, pero qué fea la paloma.

— y, el cardenal, tan mal peinado.

— y, qué horrible el buitre. Debería ir por la vida con capucha para ahorrarme la visión de su fea cara.

los peces también los despreciaba.

— ¡qué tonta es la corvina, verdad! Por eso me la como.

- ué poca gracia la sardina. sí que me la como.
- o hay pez más zonzo que el salmón por eso me lo como.

Era tal su desprecio, que aun cuando no tenía hambre se zambullía con fuerza en el mar y los mataba con su fuerte pico por puro placer.

Dios todo esto le cayó muy mal. o quería seres malos entre los que había creado. sí que decidió privarlo de aquello que tanto lo hacía sentirse superior a los demás: su capacidad de volar. Sus alas se acortaron y no le sirvieron más para el vuelo, y con mucha humildad tuvo que aprender a nadar como los peces, a los que tanto había despreciado en su vida anterior. El pingüino, sumamente avergonzado, debió dejar sus nidos en los árboles y ocultarse en pequeños huecos en la tierra y, por si esto fuera poco, Dios lo obligó a pasar la mayor parte de su vida en las frías aguas de las regiones del sur, sin dejar por ello de ser pájaro.

El pingüino se puso tan triste que se retiró con su compañera, a la que elige para toda la vida, y dice la leyenda que, cuando uno de ellos muere, el otro se interna en el mar y nunca regresa.



El ñandú

Leyenda u ar

Hace mucho, mucho tiempo, el ñandú tenía la costumbre de ir a visitar a Dios en el cielo y se pasaba muchas horas charlando con él.

Dios le contaba de sus problemas y el ñandú de los suyos.

Para hacer la reunión más amena, Dios servía unas galletitas, unos bollitos, unas tortas fritas. Aunque el ñandú no quería ser un maleducado, la tentación podía más. Cuando llegaba Dios siquiera a terminar de servir cuando el pájaro ya se había echado todo al buche.

—¡Epa, ñandú! Por lo menos espere a que yo me haya sentado...

—Tiene razón, efecito... —decía siempre. Pero siempre pasaba lo mismo. Apenas veía las galletas, el ñandú se les tiraba encima como un loco y no dejaba ni una sola para Dios.



Un día, Dios se cansó de tanta glotonería y no lo invitó más. Estaba molesto y le pidió que ya no fuera al cielo a charlar con él.

El and pensó que era un enojito pasajero y que, al cabo de un tiempo, Dios se olvidaría del disgusto y lo haría entrar otra vez. Por eso fue a visitarlo de nuevo. Pero cuando Dios lo vio, cerró con una fuerza tal la puerta de su casa que al and le quedó la cabeza dolorida por el impacto de la puerta contra su pico. Es por eso que todavía esconde su cabeza cada vez que presiente algún peligro, pues teme que lo golpeen nuevamente.

Las tribulaciones del and no acabaron con este asunto. Aunque desconcertado por el hecho de que Dios le cerrara la puerta en la cara, no se enojó nada. En cambio empezó a decir cada vez más fuerte, para que Dios lo oyera:

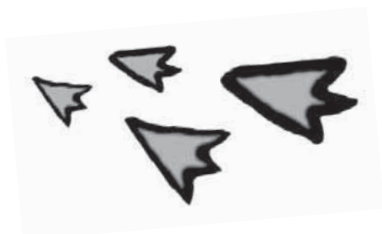
- vuelvo a visitarlo la semana que viene, eh
 - vuelvo mañana por la noche, le parece
 - mejor vengo mañana a la mañana, señor Dios
- Dios refunfuó:

— ¿qué tipo pesado. ¿cómo puede ser que no se dé cuenta de que no quiero que venga más a visitarme

sí que, cuando bajaba hacia la tierra, un rayo quemó las alas del and y es por eso que desde entonces no puede volar.

Pero él no se afligió demasiado y cuando estuvo en tierra se arremangó los pantalones» y comenzó a correr. Al notar la velocidad lograda se sintió recompensado por las penurias que vivió ese día.

elatan los viejos paisanos que, cuando este animal e tra a las visitas que le hacía a Dios, emprende veloces carreras para hallar consuelo disfrutando de su habilidad para correr y también para olvidarse de las penurias sufridas aquel nefasto día.



El ñandú y la garrapata

Leyenda argentina

Es sabido que el ñandú confía demasiado en la ligereza de sus patas. Conociendo esta debilidad, la garrapata le jugó una trampa.

Se encontraron en un boliche y, copa va, copa viene, se pusieron a charlar.

Ya habían tomado mucho vino, y se les subió a la cabeza.

El ñandú, todo envalentonado, se burló:

—Usted es peor que un vampiro. Vive de la sangre de los demás.

—¡o me diga! —contestó la garrapata—. Peor es ser cobarde como usted, que ante el peligro lo primero que hace es esconder la cabeza.



— obarde me llama a mí cuando soy capaz de pelearle al león, y sólo cuando me veo en apuros disparo ¡Si habré salvado ovejas! Ellas le pueden contar.

ay que decir que en ese momento no había ovejas en el boliche. Porque si no se hubieran reído a carcajadas. yó alguno de ustedes reírse a las ovejas h, ¡no saben lo que son! Suenan como cascabeles.

—¡Pero qué va a disparar usted! —dijo la garrapata—. Si cualquier rengó lo alcanza.

—¡ o diga! Le juego una carrera y si le gano la echo al fuego para que reviente como una bruja, habladora.

La garrapata aceptó el desafío, pero con la condición de que en el extremo del sitio donde se corriera la carrera, se colocara una silla para que se sentara el triunfador. El and aceptó la condición, porque pensó que era un capricho de vieja borracha.

sí estaban las cosas, y mientras se discutía la hora de partida, la garrapata se subió por las plumas del and y se le prendió suavemente del anca.

Se dio la señal de partida, y cuando la garrapata dijo:

— ueno, vamos.

El and que no quería perder por confiado, se echó desesperadamente a la carrera, como perseguido por los perros. Ya estaba lejos, corriendo a más no poder con una columnita de tierra que lo seguía por detrás. El viento, de tiempo en tiempo, loladeaba y le levantaba algunas plumas del cuerpo.

sí llegó a la meta derecho a la silla, creyéndose triunfador y proclamando: ¡ sí se gana una carrera! ¡Ya me las pagará esa vieja bruja! Y cuando se iba a sentar, la garrapata, que estaba en el anca del suri, pegó el grito:

—¡Epa, amigo, no me apriete! ¡ ¡ace rato que he llegado!

Esta fue otra carrera que perdió el and en sus andanzas.



El ñandú y el zorro

Leyenda argentina

Antes el Ñandú tenía una cola preciosa, llena de plumas, que competía con la del pavo real. Esta historia cuenta cómo la perdió.

Ocurrió así: el Ñandú estaba jugando a los dados con el zorro y el zorro le ganó todo lo que tenía, hasta la arpillera de la bolsa.

El ñandú pidió desquite, y perdió hasta las plumas que había apostado. Entonces le dijo al zorro que le iba a pagar cuando pasara el invierno.

Al zorro no le gustó la idea de darle plazo, aunque hubiera otros bichos del campo con quien entretenerse y a quien hacerle malicias. Como todo el mundo sabe: el zorro si no hace malicias se muere de tristeza. Pero aquí enseguida se dio cuenta de que, si lo dejaba escapar, nunca le daría alcance. Y ya dice el dicho: Más vale pájaro en mano que cien volando.



Así que, pícaro como siempre, lo invitó a que descansara en una silla a la que previamente le había puesto pega-pega sacada de un árbol, con el pretexto de que la silla en la que estaba sentado el ñandú tenía la pata quebrada y por eso le traía mala suerte.

El ñandú, confiadamente, cambio de ubicación: pero no bien se había acomodado en la silla, el zorro comenzó a gritar:

—¡Ay, Dios mío! ¡Mi tío, el tigre, que viene furioso!

De un salto el ñandú abandonó el asiento y salió corriendo a más no poder, dejando las lindas plumas de su cola pegadas en la silla, con las cuales el zorro se hizo un buen colchón.

Y dicen que desde entonces el ñandú quedó rabón.



a i un pájaro:
el murciélago





El murciélago

Leyenda de a a a

En los comienzos del mundo, el murciélago era la más fea y desventurada de todas las criaturas. Pero alguna vez fue también el ave más bella de la creación. Más que las mariposas.

Se llamaba biguidibela biguidi: mariposa, y bela: carne es decir: mariposa desnuda . Un día, acosado por el frío, subió al cielo y le pidió plumas al creador. Y como el creador no vuelve a tareas ya cumplidas, no tenía ninguna pluma. Le dijo que bajara a la tierra y suplicara en su nombre una pluma a todas las aves.

sí lo hizo el murciélago, recurriendo a las aves de más vistoso plumaje. btuvo hermosas plumas y orgulloso volaba. Las otras aves se detenían en vuelo para admirarlo. Sentado en las ramas, aleteaba alegremente. Una vez, como un eco de su vuelo, creó el arcoiris. Era la encarnación de la belleza.



El murciélago había olvidado su fealdad de origen y hacía aspavientos de su belleza. Demasiados.

Y lo que un día fue admiración entre sus compañeros se tornó en franca molestia.

Una bandada de pájaros, con el colibrí por delante, subió al cielo para comunicarle al creador cómo el murciélago se burlaba de ellos además, con una pluma menos, el resto de los pájaros padecía de frío.

Subió también el murciélago, y el creador le hizo repetir los ademanes que de aquel modo habían ofendido a sus compañeros.

gitando las alas se quedó otra vez desnudo se dice que durante todo un día llovieron plumas del cielo.

Desde entonces sólo vuela en los atardeceres en rápidos giros, cazando plumas imaginarias y no se detiene para que nadie advierta su fealdad.



El murciélago

Leyenda de nd gu de a

Los oguis tienen mucho aprecio por los murciélagos. Esta cultura ve a la noche y a la oscuridad como un tiempo de gran valor espiritual sus hombres sabios, llamados «mamos», son preparados en el interior de cuevas. Por eso el murciélago es considerado un animal «mamo» pues es nocturno y vive en cuevas.

Los murciélagos son seres muy inteligentes, duermen cabeza abajo y eso demuestra que son los únicos que saben que este mundo está al revés.

Una vez estaban los pájaros y los ratones en una guerra feroz. Ya nadie recordaba el por qué de esta guerra pero el odio era permanente. Los murciélagos, viendo que la situación empeoraba entre ratones y pájaros, decidieron declararse neutrales en el conflicto. Así evitarían caer víctimas



de la violencia. Combraron dos comisiones y las enviaron a comunicar sus intenciones de neutralidad.

Una comisión se dirigió al cuartel de los ratones y la otra comisión fue a la fortaleza de los pájaros. «Yo fue sino verlos para que los ratones se armaran. «¿Hí vienen esos pájaros de la noche» —dijeron los ratones, y no dejaron hablar a los murciélagos. Les dieron una paliza tremenda.

Los pájaros obraron igual. «Yo bien vieron llegar a los murciélagos dieron la alarma y agarraron a garrote a esos pobres bichos. «La voz de «ratones con alas», los pájaros casi acaban con los pobres comisionados.

Es por eso que a partir de ese día los murciélagos viven escondidos en cavernas frías, oscuras y solo se atreven a salir de noche.



Cómo se creó el primer murciélago

Leyenda de nd er ee de ad n d

Había una vez dos pequeños animales muy parecidos al ratón que querían jugar a la pelota en un partido de mamíferos versus pájaros. El equipo estaba formado por un oso, un venado, y una terrapina. Cuando estos bichos le preguntaron al oso si podían jugar en el equipo de los animales, éstos se burlaron de ellos por su tamaño y los corrieron. Y entonces ellos fueron a suplicarle al capitán de los pájaros, que era el águila. El equipo de los pájaros les dio compasión de ellos y empezaron a construir un par de alas para uno de los pequeños, con el cuero seco de un topo que había sobrado de un tambor, y así fue como se creó el primer murciélago. El otro bicho llegó a ser una ardilla. Con la ayuda del primer murciélago y una ardilla, el equipo de los pájaros ganó el partido de pelota.



Más sobre el casi-pájaro en América

No en todos los lugares de nuestro planeta los murciélagos tienen mala fama hay algunos pueblos que lo veneran como en el sur de Méjico donde los nativos les llevan alimento a sus refugios. En la tribu piel roja del norte de Alaska venera a Chubala el dios murciélago y realizan sacrificios humanos como ofrenda y pago por su ayuda al combatir al demonio el frío.

Los caribes consideran al murciélago como un espíritu protector que guarda sus casas durante la noche y consiguientemente tienen por sacrilegio matar a uno de estos animales.



Glosario



Bijirita: ave migratoria de Cuba que habita en los bosques.

Cachila: Pájaro pequeño, de color pardo con vetas oscuras y garganta y vientre amarillento, de hábitos terrestres, y que realiza vuelos acrobáticos en época de apareamiento.

Cardenal: Pájaro americano que alcanza doce centímetros de longitud, ceniciento, con una faja negra alrededor del pico, que se extiende hasta el cuello, y con un alto penacho rojo, al cual debe su nombre. Es muy erguido, inquieto y arisco. Su canto es sonoro, variado y agradable. Vive unos años.

Churrinche: Pájaro de unos doce centímetros de longitud, insectívoro, que habita en parques y campos arbolados.

El plumaje del dorso es pardo y el de la parte ventral es blanquecino para la hembra y rojo escarlata para el macho, que tiene además el pecho, el cuello y parte de la cabeza del mismo color.

Damajuanas: Recipiente de vidrio o barro cocido, de cuello corto, a veces protegido por un revestimiento, que sirve para contener líquidos.

Golilla: En las gallináceas, plumas que desde la cresta cubren el cuello hasta la línea más horizontal del cuerpo.

Grullas: Ave zancuda, que llega a doce o trece decímetros de altura y tiene pico cónico y prolongado, cabeza en parte cubierta con algunos pelos pardos y rojos, cuello largo y negro, alas grandes y redondas, cola pequeña, pero de cobijas largas y cerdosas, y plumaje de color gris.

Hulché: Especie de palo arrojadizo y dardo a la vez, que usaban los mayas para la caza.

Jíbaros: Pueblo amerindio de la vertiente oriental de Ecuador.

Nopal: Planta de la familia de las cactáceas, de unos tres metros de altura, con tallos aplastados, carnosos, formados por una serie de paletas ovales de tres a cuatro decímetros de longitud y dos de anchura, erizadas de espinas que representan las hojas. Flores grandes, sentadas en el borde de los tallos, con muchos pétalos encarnados o amarillos.



Odilere: Significa «belleza» en la lengua africana lucumí.

Patagua: árbol de hule de la familia de las Tiliáceas, con tronco recto y liso de seis a ocho metros de altura, copa frondosa, hojas alternas, partidas en tres lóbulos agudos, flores blancas a ilares, fruto esférico capsular, y madera blanca, ligera y til para carpintería.

Pirincho o pirirí: ave cuculiforme muy común, de unos 3 cm de longitud, de color pardo veteadado en el dorso, y ocre moteado en el resto del plumaje, con una banda negra y otra blanca en el extremo de las plumas caudales. Es insectívora y depredadora de nidos. Habita en parques, jardines y lugares abiertos, formando pequeñas bandadas.

Quinde: Pájaro americano, insectívoro, de tamaño muy pequeño y pico largo y débil. Colibrí.

Sietevestidos: Pájaro con las patas y el pico negros, plumaje manchado de rojo, amarillo, azul, verde y blanco, y la cola y alas negruzcas. Tiene en medio de la cabeza un moño de color rojo vivo. Habita en las orillas de las lagunas y construye su nido en las hojas secas de totora.

Siguapa o ciguapa: ave de rapiña de tuba, nocturna, semejante a la lechuza y menor que ella, de plumaje pardo oscuro con pintas amarillas y moño negro, el pecho y vientre más claros, con pintas rojizas, y pico corto, azulado.



Siju: ve rapaz nocturna de las antillas, de unos 1 cm de longitud, con lomo blanco manchado de puntos rojos, cabeza y vientre blancos con manchas pardas, cuello, pecho y muslos rojos con rayas oscuras, y ojos de color amarillo verdoso.

Sinsonte o Pájaro americano de plumaje pardo y con las empuñaduras de las alas y de la cola, el pecho y el vientre blancos. Su canto es muy variado y melodioso.

Tacuarita ve pequeña, cuyo plumaje tiene coloración pardusca, parecida a la de los ratones de campo. Tiene menos de diez centímetros de longitud, y es muy vivaz e inquieta. Se alimenta de insectos y anida en huecos de paredes y cornisas. Su canto es corto, fuerte y con gorjeos armoniosos. También da chillidos muy agudos y repetidos.

Terrapina: Tortuga.

Tiñosa: El aura tiñosa es un ave cubana que se alimenta de carroña, con cabeza desprovista de plumas, de color rojizo, y plumaje negro con la parte ventral de las alas de color gris plateado.

Tojosa: Pequeña paloma silvestre de Cuba. Tiene un canto arrullador, dulce como un murmullo. Esta pequeña ave, no obstante, le achacan en determinadas zonas los más absurdos augurios, precisamente por su dulce canto. Por eso, si la ven posarse sobre el



techo de madera y ramas de una cabaña, le lanzan piedras para alejarla lo más pronto posible.

Tolteca: Nombre de unas tribus que dominaron en México antiguamente.

Tumiñico: Picaflor.

Urubú o zopilote: Ave rapaz diurna que se alimenta de carroña, de 15 cm de longitud y 14 cm de envergadura, de plumaje negro irisado, cabeza y cuello desprovistos de plumas, de color gris pizarra, cola corta y redondeada y patas grises. Vive desde el este y sur de los Estados Unidos hasta el centro de Chile y la Argentina.

Yuca: Planta de América tropical, de la familia de las Liliáceas, de la que se saca harina alimenticia. Posee un tallo arborescente, cilíndrico, coronado por un penacho de hojas largas, gruesas, rígidas y ensiformes. Tiene flores blancas, casi globosas, y raíz gruesa.

Zopilote: Ave rapaz que se alimenta de carroña, de 15 cm de longitud y 14 cm de envergadura, de plumaje negro irisado, cabeza y cuello desprovistos de plumas, de color gris pizarra, cola corta y redondeada y patas grises. Vive desde el este y sur de los Estados Unidos hasta el centro de Chile y la Argentina.





Lo único que el hombre no puede hacer por sus propios medios es volar. Por eso los pájaros y todos los seres que vuelan tienen para nosotros un plus de maravilla. Queremos saber todo sobre ellos, incluso las antiguas historias que el hombre creó sobre los pájaros.

Este libro reúne leyendas y cuentos de varios países de Latinoamérica y de distintos grupos aborígenes. En muchas de las historias el común denominador es el humor y la picardía: la apuesta entre el chingolo y el cóndor o la carrera entre la garrapata y el ñandú. En otras, el heroísmo o el amor son los protagonistas.

Pueden leerse aquí leyendas sobre cómo los pájaros consiguieron el color para sus plumajes o por qué fue México la ciudad elegida por el águila para señalar la capital de los aztecas.

Están incluidos aquí, entre los pájaros, también los murciélagos. Porque aunque no cuentan con la belleza del plumaje o del canto, son grandes voladores y de esta manera son casi pájaros.

Y no podían faltar leyendas sobre las bellas luciérnagas.

En suma, un libro para abrir la pajarera y que salgan volando todos estos cuentos de nuestro folklore.

